

sujetos y á dejarlos muy atrás, haciendo que México se saque la palma en tiranía.

Reímos todos de lo que juzgamos un alarde de Castillo, y comenzamos á fijarnos en los pasantes que veíamos. Los hombres iban envueltos en *talmas*; las damas peinadas á la Cardoville, vestidas con muchísimas enaguas que las hacían parecer, apenas soplabá el viento más leve, viejas urcas navegando por mares tempestuosos.

Hacía luna, y aunque noche de Enero, el frío era poco. Bajo aquellos árboles, que tapizaban el suelo de sombras, como piel leonada, al pie de aquellas torres que recordaban cosas viejas y gentes idas, entre aquellos caballeros y aquellas damas que se miraban con amor, pensé en cuán necio resultaba acordarse del «gobierno del mundo y sus monarquías», cuando se debía meditar tan sólo en la manera de amar más y más de prisa.

A las diez, cuando me sentía casi muerto de fatiga, mis amigos me acompañaron á mi alojamiento, terminando así mi primer día de México.





CAPÍTULO X

Se anuncia la llegada de Santa Anna y conozco á la sin par Anarda.

SUÁREZ Navarro y yo fuimos á instalarnos á una casa de la calle de Balvanera, á la hospedería de las señoras Recachos, que servían conforme á los usos de Guadalajara y cobraban poco por la comida de sota, caballo y rey, la cama con ropa limpia cada quince días y la vela de sebo en candelero de azófar, con dotación de espabiladeras y pajuelas.

Como no tenía quehacer señalado, me pasaba las horas muertas en los mentideros reconocidos de librerías y tiendas, hablando de lo que hablábamos entonces todos los mexicanos, es decir, en primer lugar de política, después de política, y en último término de política.

Hoy se decía que los agiotistas se habían reunido para pedir á Santa Anna que reconociera cuatro millones de pesos de bonos clandestinos, expedidos en Londres en la época que Lizardi tenía la agencia.

Otro día se aseguraba que iría una comisión á proponer á S. E. el arrendamiento de las aduanas, casas de moneda, salinas, derechos de consumo, renta del tabaco y todos los arbitrios, rentas y emolumentos, mediante seiscientos mil pesos mensuales y la promesa de construir un ferrocarril á Veracruz; el gobierno tendría derecho á gastar en lo que quisiera sus dineros, y á los contratistas les asistía el derecho ineludible de pagar á la administración de justicia.

— Con lo cual, decía el bueno de Esparza, la justicia andaría siempre derecha en manos de esa compañía de las Indias.

No fué necesaria declaración ni decreto eligiendo á Santa Anna, para que se comprendiera que él era el destinado á hacerse cargo del cotarro. Ya se sabía que no podía haber sermón sin San Agustín, ni revolución sin Santa Anna. Por eso salían á luz los retratos del héroe, quitándoseles á toda prisa el polvo y las telarañas; se buscaba á los parientes de Santa Anna hasta el décimo grado, y se adulaba á sus ahijados, amigos y paniaguados con un ardor de que hay pocos ejemplos: Sierra y Rosso en Tacubaya, Alamán en su casa de la calle de Jesús y Pa-

checo en el Apartado, tenían sus cortes de solicitantes y admiradores.

Ya se hablaba de levantar arcos triunfales y de arreglar fiestas que rivalizaran en esplendor con las más lujosas que se hubieran hecho hasta entonces. Quién quería sacar la estatua que yacía arrinconada en una bodega de palacio; quién proponía se buscaran los restos del pie que se había enterrado en Santa Paula; quién procesar á todos los viles y procaces que se habían atrevido á hablar en contra de aquel lucero de oriente, de cuyos fulgores estábamos lejanos por nuestras grandísimas culpas.

Por esos días escribió Arriaga un famoso artículo con que el bueno de Castillo se chupaba los dedos. Se llamaba «Arcos triunfales», y era una buena muestra de la retórica de aquellos benditos tiempos. «¿Quién es Santa Anna? preguntaba. ¿Acaso es Licurgo, que viene de fructuosos viajes por oriente, donde aprendió la filosofía egipcia y las leyes cretenses? ¿Acaso es Solón, que viene á dar nuevas y sabias instituciones á su patria? ¿Acaso Alcibíades, que derrota á sus enemigos con tropas mucho menores en número de las que tenía el contrario? ¿Acaso es Colón, que contra los cobardes gritos de sus marinos, marcha al descubrimiento de un nuevo mundo? ¿Acaso Washington, acaso Bolívar, acaso Don Pedro el Cruel, acaso el Preste Juan de las Indias? Y después de resolver que no era ninguno de esos caballeros, concluía el artículo declarando

que Santa Anna no era sino lo que todos ya sabíamos: un sujeto que en su destierro sólo se acordaba del *perverso* Arista, de los cargos que le habían hecho y de la infamia de sus enemigos.

Sánchez se burlaba de Castillo sosteniéndole que esos no eran sino resuellos que por la herida daba *El Monitor*, falto de los ochenta pesos con que Arista había pagado sus servicios; porfiaba el otro, y todo terminaba con un *fosforito* en *El Cazador*.

A principios de Febrero nos desayunamos con una noticia: había nuevo Presidente de la República, elegido en reunión de amigos por tres de los que habían arreglado el pastel de los últimos convenios.

El mismo día vimos bajar á Lombardini del carruaje presidencial. *Chaparrón* y obeso hasta parecer redondo, el vientre insubordinado, la cabeza echada hacia atrás de manera que parecía querer divorciarse del cuerpo, la nariz afilada como cuchillo, los bigotes rubios y poblados, caídos como estandartes que no agita el viento, la pera boscosa y la melena de poeta. Completaban esta figura singular un vozarrón ronco y aguardentoso, de esos que dice la gente parece que llevan sus dueños una olla de tamales en la garganta, y un afán de lucir entorchados, charreteras, canelones, cruces y condecoraciones, que el hombre parecía un aparador de joyero.

Unas veces en la librería de Andrade, otras en el

cajón del *Arco Iris*, y otras en las afueras del *Puerto de Liverpool* ó de la *Ciudad de Londres*, discutíamos y resolvíamos todos los problemas pendientes.

Así supimos que el contingente del ejército aumentaba enormemente, que se levantaban á toda prisa batallones y escuadrones, que el gobierno nuevo no se las prometía muy felices en razón de que los departamentos le negaban la obediencia, y por fin, que Veracruz se había pronunciado contra el orden establecido, exigiendo el llamamiento de Santa Anna y el cumplimiento del plan de Jalisco.

Como dueños de nuestro tiempo y como dueño yo de algún dinerillo, nos divertíamos cuanto nos era dable, visitando los teatros, que en honor de la verdad no eran peores que los de ahora, ni carecían de atractivos en cuanto á espectáculos, concurrencia y mujeres. Había el lujoso Santa Anna, que acababa de ser rebautizado con el nombre de su antiguo patrono; el viejísimo Principal, gallera infecta, pringosa y obscura; Nuevo México, teatrillo muy cuco que había caído en manos de una compañía volante; el de Puesto Nuevo y algún otro jacalón con honores de coliseo que se abría hoy y se cerraba al día siguiente.

En Nuevo México estuvimos una tarde á presenciar la representación del apropósito *La prisión del sacristán ó las alcaldadas*, en que se refería la reciente aventura de Pablo

Morales. Este bribón, sacristán de la capilla del señor de Burgos, había hecho creer á los frailes y á las personas piadosas, que había tenido la fortuna de sacarse el premio gordo de la lotería de la Habana; y como debida acción de gracias á la Divina Providencia, se ofreció á costear un solemne triduo, que se efectuó en la misma capilla, diciendo el sermón nada menos que el obispo Madrid, que propuso á Morales como modelo de virtud recompensada. El pillo, que vivía primero á lo gran señor, no tardó en desaparecer, y cuando su falta se echó de menos, el capellán encargado de la iglesia y los perjudicados, que eran muchos, se dieron á todos los demonios por su credulidad, mientras los no conservadores se rieron de la invención y satirizaron grandemente á los otros.

La pieza no se distinguía por su gracia, ni por su forma literaria, ni por su excelente interpretación; no tenía más que oportunidad y alusiones picantes, y seguramente por eso el público era más numeroso todas las noches.

Una de ellas, al llegar, vimos á Juan Díaz ponerse pálido y pugnar por salirse. Nosotros lo detuvimos; pero al fin Sánchez comprendió la causa: en una platea se hallaba un grupo de que formaba parte la bella *liona*, que habíamos visto en Bucareli. Era mujer de hermosura altanera, vestida elegantemente, llena de gracia y de primor. No tan joven, pero más linda, era la señora que

la acompañaba, y que me dijeron pertenecía á la familia de los marqueses de Mendiola.

Por aquellos días había sufrido el pobre Juan la serie de contrariedades y de dolores que con tanto color ha referido en sus obras. Amó, y lo burlaron; rogó, y desoyeron sus querellas; cantó, y como recompensa le ofrecieron acíbar y cicuta. Una coqueta, una mujer de corazón duro, engreida con su posición, jugó con el pobre poeta, quitándole todo: amores, ilusiones, placer y porvenir. Iba á casarse y en compañía del novio se ostentaba en aquel palco linda y sonriente.

Juan, con artificio, apartaba la vista del lugar donde se hallaba su torcedor; pero, queriéndolo ó no, se volvía á ratos para encontrarse al cabo con el desprecio y la soberbia. Yo, por penetrarme del género de hermosura de aquella mujer singular, miraba continuamente al palco encantado, y acabé por fijarme en la preciosa y exuberante dama que acompañaba al tormento adorado de Juan.



Nunca he visto conjunto tan hermoso y tan atractivo. Vestida de terciopelo negro, tocada admirablemente, de ademanes señoriles y aristocráticos, llamaba la atención de todos y á todos encantaba por su regio y admirable porte.

Al mirarla creí notar que ella se fijaba en mí con interés; deseché esa idea como una necesidad, y queriendo hacer la prueba de nuevo, observé si se repetía lo que había notado con tanta extrañeza. Al cabo la función concluyó, y me pareció que nuevamente me veía con interés la señora, mientras un caballero de bigote engomado y frac á la Van Gool le daba el brazo para salir del palco.

Para no llamar á esa desgraciada y sin par mujer con su nombre verdadero, la llamaré *Anarda*, que fué como la confirmé en multitud de romances, cuartetas y octavas que llegué á escribir andando el tiempo. Anarda, pues, antes de subir al coche no me miró, sino que dijo en voz muy alta:

— Se conoce que son poetas por lo melencidos, aunque uno no lo parece, porque se viste como las personas.

Comuniqué estas cosas á Sánchez, que me acompañó hasta mi casa, y entonces, enseriándose, el bueno del estudiante me habló así:

— En verdad te digo, oh Juan Pérez, que tienes razón

en vivir tan engréido con tu guapeza y buena suerte: tiempo hacía que no paseaba por estas fétidas y mexicanas calles un mozo de tus prendas, y más tiempo hacía que no se encontraba un caso de fortuna igual al tuyo. Es comprensible, pues, que pierdas la cabeza imaginándote que puede morir por tus pedazos, hasta la infanta Miconona; pero no es natural ni comprensible que tus amigos te dejen poseído de tan graciosa locura. Sabe, oh Juan de mis culpas, que la señora que dices te ha mirado de tan significativa manera, es nada menos que la esposa de don Juan Ruiz de Esparza, riquísimo propietario, amigo íntimo del señor Santa Anna y propuesto para representante nuestro, no sé si en Lisboa, Madrid ó Viena. Cierto que la dicha dama ha dado que hablar de su conducta: cuando la güera Rodríguez daba sus inolvidables reuniones, se murmuró de si esta bella, que entonces se hallaba en el *diez y...* de los años, había ó no tenido que ver con el guapo Pancho Rumblares; cuando don Anastasio fué Presidente y tuvo por ayudante al coronelito Antúnez, hubo no sé qué habladurías poco edificantes acerca de la misma y hermosa señora; pero esas cosas pueden no pasar de díceres sin substancia, pueden ser de esas mentirillas que, amparadas por la maledicencia del crédulo vulgo y toleradas por la necesidad de la gente de razón, contribuyen á manchar reputaciones limpísimas y á derribar honras bien cimentadas.

Me reí tomando á broma que yo pensara formalmente en fortuna tan inaudita, y Sánchez elogió esa moderación mía, pues otra cosa habría indicado en mí falta de síndrome, de que el joven médico no quería pensar que careciera.



CAPÍTULO XI

Se presenta la persona de Nicolás Cuevas,
personaje muy principal en esta verdadera historia,
y emprendo viaje á Cartagena

No sé cómo se extendió la noticia de que yo tenía hueso que roer, pues al husmo de esa nueva ocurrieron en bandadas gentes que yo había visto contadas veces en mi vida, ó á quienes no había visto nunca.

Uno alegaba parentesco, otro antigua amistad con mi familia, el de más allá conexiones comunes, y el otro admiración inspirada por mis méritos peregrinos. Entre esos amigos improvisados, ninguno más asiduo que Nicolás Cuevas, que ejerció, queriéndolo ó no, grande influencia en mis cosas, como se verá por la obra.

Una mañana vagábamos por el embarcadero del